

ESTUDIOS AGRARIOS Y LABORALES

Aldo A. Lauria-Santiago, *An Agrarian Republic: Commercial Agriculture and the Politics of Peasant Communities in El Salvador, 1823–1914*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1999. viii + 326 págs. (239 páginas de texto). Mapas y cuadros, cuadros adicionales, notas sobre fuentes, notas, glosario, bibliografía e índice. US\$ 45.00 (en tela), ISBN 0-8229-4099-X y US\$ 19.50 (en rústica), ISBN 0-8229-5700-0.

Aldo Lauria-Santiago ofrece el primer estudio sobre tenencia de la tierra y sistemas agrarios salvadoreños en el siglo XIX y principios del XX basado en un examen minucioso de documentación recopilada a nivel local. Los resultados prometen contribuir de manera importante a dar nueva forma al estudio de la historia salvadoreña. Durante demasiado tiempo, las ciencias sociales de El Salvador, especialmente las que tratan de la tenencia de la tierra, la formación de clases y el Estado, han repetido una serie de generalizaciones sostenibles sólo porque nadie ha realizado la investigación empírica cuidadosa que se necesita para ponerlas en tela de juicio. En su introducción, Lauria-Santiago argumenta que “El Salvador ha seguido siendo, tanto en la concepción académica como en la popular, un país persistentemente desgarrado por extremos en la distribución de la riqueza y el poder; un país que sufre por las grandes plantaciones poseídas por la élite que expropió y concentró tierra y mano de obra coaccionada; un país que ha sido dominado por regímenes autoritarios típicamente indiferentes a las presiones o las necesidades populares que sólo existían dentro de una caparazón vacía de liberalismo constitucional” (pág. 4). Aunque esta concepción tiene mérito para el periodo que comienza a finales de la década de 1920 y principios de la década de 1930, se extiende típicamente en el tiempo al surgimiento de la economía del café en el siglo XIX, descrita como “una fuerza homogeneizadora controlada por una pequeña élite oligarca con poder social casi absoluto, así como con control directo del Estado” (pág. 4). Empleando lo que Lauria-Santiago llama una “comprensión muy teleológica de la historia del país” (pág. 4), los académicos y los activistas llegaron a considerar la guerra civil de 1980–1992 como una consecuencia casi inevitable de un sistema económico y político consolidado más de un siglo atrás.

Con base en documentación extensiva, aunque fragmentaria en muchos casos, el autor ofrece un relato más complejo y variado de la economía política y la política campesina de post-independencia. Durante la mayor parte del siglo XIX, un Estado salvadoreño débil, envuelto en conflictos con los países vecinos de Honduras y Guatemala y sin un aparato represivo centralizado en la forma de un ejército, cedió un espacio considerable a las comunidades indígenas y mestizas del país. La economía del café modificó pero no destruyó las relaciones políticas y sociales preexistentes. De hecho, Lauria-Santiago argumenta que muchos pequeños y medianos agricultores fortalecieron sus demandas sobre la tierra a través de las reformas liberales de 1879–1882 y añadieron el café a, en lugar

de substituirlo con, el maíz, la caña de azúcar y otros cultivos comerciales y de subsistencia. En contra de las actuales creencias extendidas, el crecimiento del cultivo del café durante el siglo XIX *no* estuvo acompañado de un desposeimiento generalizado de los campesinos ni tampoco la fuerza de trabajo para el café fue asegurada por medio de mecanismos coercitivos. Muchos de los primeros trabajadores del café eran mujeres guatemaltecas, quienes más tarde fueron seguidas por sus contrapartes salvadoreñas, así como por un pequeño proletariado agrario y campesinos que trabajaban en las fincas cafetaleras después de recolectar sus propias pequeñas cosechas de café. La frecuente escasez de mano de obra local y el uso de adelantos de salarios para asegurar una fuerza de trabajo para la cosecha demuestran la falta de influencia del Estado en esta área. Como señala Lauria-Santiago, “no hay evidencia de un sistema de coerción o movilización de los trabajadores implantado por el Estado en este período” (pág. 157).

Las reformas liberales de 1879–1882, las cuales privatizaron los ejidos municipales y las tierras comunitarias y disolvieron las organizaciones corporativas comunitarias, sí prepararon el terreno para la polarización de clases del siglo XX, pero no la determinaron. Muchos pequeños campesinos y medianos agricultores incluso favorecieron la privatización como medio de fortalecer las demandas individuales de tierra durante una efervescencia de agricultura comercial; por otra parte, algunas comunidades (especialmente las indígenas) resistieron con éxito el proceso durante algún tiempo, incitadas por funcionarios locales simpatizantes y un Estado demasiado débil política y militarmente para intervenir. El impacto negativo de la privatización se dejó sentir sólo en el siglo XX en el contexto de un rápido incremento en la agricultura de exportación y la creación de un Estado centralizado y un aparato estatal capaz de contener las protestas locales. Muchos campesinos heredaron terrenos demasiado pequeños para mantener a sus familias o perdieron su tierra cuando se endeudaron con los comerciantes o los prestamistas. Con la desaparición de la frontera agraria y las tierras comunitarias, atribuible a las leyes de la reforma liberal, estos campesinos entraron en la clase de minifundistas y trabajadores asalariados sin tierra que marcó notablemente el orden social rural salvadoreño de finales del siglo XX. Lauria-Santiago trata por todos los medios de rechazar un “determinismo económico” rígido (pág. 6) en favor de un énfasis en las luchas políticas regionales y nacionales y sus resultados. En sus conclusiones afirma que “esta investigación apunta hacia la autonomía del proceso político en las décadas de 1920 y 1930, más que hacia sus raíces en la estructura económica agraria o el control de la tierra por parte de la élite en el período de 1870–1920. El desarrollo del café, la privatización de las tierras comunales, la creación de un mercado de trabajo asalariado y la creciente comercialización de la agricultura no crearon mecánicamente la forma peculiar de política autoritaria de El Salvador que surgió a mediados del siglo XX” (pág. 237).

He resumido algunos de los puntos más importantes de este provocativo libro, centrándome en los últimos capítulos. Los Capítulos 2 y 3 tratan de los

campesinos a finales del período colonial y la formación de las comunidades terratenientes campesinas entre las décadas de 1830 y 1870, respectivamente. La agitación que siguió después de la independencia, así como una mala infraestructura y una depresión económica, contribuyeron a la pobreza de las haciendas y a la disponibilidad fácil de tierra para los residentes de las comunidades rurales. En el contexto de un Estado débil, las comunidades rurales lucharon con éxito contra los hacendados para tener acceso a la tierra y a menudo recibieron apoyo de funcionarios oficiales que representaban tanto a los regímenes liberales como a los conservadores. En el Capítulo 4, Lauria-Santiago examina cómo los campesinos se comprometieron más profundamente en la agricultura comercial produciendo ganado, café, azúcar, índigo y otros productos, según lo permitían las condiciones. Aunque “los campesinos también empezaron a diferenciarse en aspectos étnicos, regionales y de clase”, esto sucedió “sin que se viera amenazada la supervivencia de cualquiera de los estratos” (pág. 102). Los campesinos también eran políticamente activos por medio de una serie compleja de alianzas locales y regionales cambiantes documentadas en el Capítulo 5. Los casos detallados de Lauria-Santiago a veces son difíciles de seguir, pero su punto principal es claro: “El poder del Estado nacional sólo podía ser legitimado hablando en nombre de fuentes locales de soberanía y autoridad... depender de centros de poder local y fragmentario impidió que los que tenían el poder nacional instituyeran cualquier *concepción de nación* [énfasis del autor] durante la mayor parte del siglo XIX” (pág. 128).

El Capítulo 6 trata del café y el Capítulo 7 de la privatización de la tierra y la transición a una clase campesina propietaria absoluta (examinada brevemente más arriba). El Capítulo 8, que precede a las conclusiones, trata de la abolición de las comunidades y las tierras étnicas entre 1881 y 1912. Aunque se trata de un proceso de “estratos múltiples” (pág. 220) mucho más diverso de lo que normalmente se representa, la desaparición de las comunidades étnicas siguió a la privatización de las tierras comunitarias, la cual debilitó la organización y la coherencia interna de las comunidades: “Tanto la función económica como ideológica de estas comunidades afrontaron serios desafíos después de que los individuos titularon sus terrenos y no tuvieron que depender de ninguna organización corporativa para tener acceso a la tierra” (pág. 218). La decadencia de las comunidades campesinas y la consolidación de una clase campesina propietaria absoluta, junto con la fuerza creciente del Estado nacional, explica la ausencia de rebeliones campesinas significativas después de 1890. En las conclusiones, Lauria-Santiago reitera sus principales hallazgos y sugiere su relevancia para analizar la base social e histórica de la guerra civil de 1980–1992.

An Agrarian Republic está claramente escrito y lógicamente organizado. Cada capítulo contiene abundantes detalles relacionados con épocas y lugares particulares. Lauria-Santiago proporciona resúmenes y análisis sucintos al final de cada capítulo, pero es fácil perderse en los detalles de los muchos casos que analiza, incluso para un lector que esté familiarizado con Centroamérica. Asi-

mismo, muchos de los estudios de tierra y conflicto político terminan abruptamente y sin resolución, producto de lo incompleto de los registros documentales, gran parte de ellos reunidos en los archivos municipales de las áreas centrales y occidentales, sobre los que se ha construido la argumentación. Los límites del archivo también hacen difícil hacerse una idea de la transformación a lo largo del tiempo de las relaciones agrarias y políticas en una sola localidad o región. La construcción del libro requirió encajar un número limitado de piezas de un rompecabezas intrincado; la imagen resultante —o, mejor dicho, las “imágenes”— puede ser comparada burdamente con un cuadro de El Bosco o Salvador Dalí. Hay temas, pero no pueden ser contenidos en un solo concepto o explicación.

Trabajando dentro de estos límites, Lauria-Santiago ha hecho un trabajo ejemplar de reescribir la historia agraria salvadoreña del siglo XIX y principios del XX. Ha demostrado cómo una mayor sensibilidad a las complejidades de las relaciones locales y un reconocimiento de que los campesinos son actores por derecho propio nos hace avanzar mucho hacia una reconceptualización de la historiografía agraria de El Salvador. Aunque su “método descentrado” tiene mucho en común con la Nueva Historia Cultural Mexicana, practicada por historiadores antropológicamente orientados (o antropólogos y científicos políticos históricamente orientados), tales como Rubin (1997), Alonso (1995), Vaughan (1997) y Mallon (1995), Lauria-Santiago se centra en las “estructuras subyacentes de la economía política campesina” (pág. 3), no tomadas en cuenta o subestimadas por los autores anteriormente mencionados.¹ Por lo tanto, presenta lo que podríamos llamar una anécdota materialista (ni burda ni determinista) de la parcialidad culturalista de la nueva historia cultural. *An Agrarian Republic* puede ser leída provechosamente por los académicos interesados en la historia y las relaciones sociales centroamericanas y usada en clases introductorias y avanzadas que tratan de los sistemas agrarios, la historia y la política centroamericanas, o los campesinos y la formación del Estado en Latinoamérica, entre otros.

LEIGH BINFORD

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

(Traducción de Eddy Gaytán)

¹ Véanse Jeffrey Rubin, *Decentering the Regime: Ethnicity, Radicalism, and Democracy in Juchitán, Mexico* (Durham, North Carolina: Duke University Press, 1977); y Ana María Alonso, *Thread of Blood: Colonialism, Revolution, and Gender on Mexico's Northern Frontier* (Tucson: University of Arizona Press, 1995); Mary Kay Vaughan, *Cultural Politics in Revolution: Teachers, Peasants, and Schools in Mexico, 1930-1940* (Tucson: University of Arizona Press, 1997); y Florencia Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru* (Berkeley: University of California Press, 1995).